

temente una doctrina contraria á la suya, confesando por lo mismo, que se puede ser santo, creyendo lo que han creído dichos doctores.

Después de haber meditado profundamente estas dos reflexiones tan sencillas, que le sugirió el santo obispo de Amiens, la señora de Stafford advirtió sus errores, reconoció la verdad, y después de haberse preparado con un retiro de ocho días á un convento de religiosas, abjuró su falsa religion delante del señor obispo de Amiens. Su conversion fue tan sólida como sincera. Después de haber abrazado la Religion católica, cumplió con todos sus preceptos, y hasta su muerte no dejó nunca de edificar á la Francia y á la Inglaterra con sus virtudes y piedad.

(*Anécdotas cristianas*).

CAPÍTULO III.

De la verdad de esta maxima:

Fuera de la Iglesia no hay salvacion.

Esta maxima *fuera de la Iglesia no hay salvacion* resulta naturalmente de la unidad, primer carácter de la verdadera Iglesia de Jesucristo; y no obstante, apenas se pronuncian estas palabras, que se oyen de todas partes gritos de barbarie é intolerancia. Debemos, pues, mi querido Teófilo, mos-

trar que estas declamaciones descubren la mas crasa ignorancia ó la mas exquisita mala fe en aquellos que son sus autores. Para esto sentarémos primero la verdad de esta máxima, y luego explicarémos su verdadero sentido, segun los principios de la sana teología.

§ I. *Pruebas de esta máxima.*

Es cierto que hay un Dios, y que el hombre que es su criatura está obligado bajo pena de la condenacion eterna, á obedecerle; es decir, á hacer su voluntad, y á honrarle del modo que él mismo le ha prescrito. Ahora bien, esta sola verdad fundada por otra parte en el sentido comun, prueba que hay *una Iglesia, una religion, fuera de la cual, no hay salvacion*. Quiero decir, una verdad sin la cual no hay luz, una virtud sin la cual no hay virtud.

Debemos convenir primeramente, hijo mio, en que hay una Religion verdadera que Dios ha dado al hombre para hacerle conocer la verdad y procurarle la salvacion. El que se atreviese á sostener que todas las religiones son falsas, para tener

el derecho de no sujetarse á ninguna, seria á un tiempo el mas irracional, el mas temerario, y el mas intolerante de los hombres. El mas irracional, pues que negaria la existencia de la religion natural; esto es, las relaciones esenciales que deben unir la criatura inteligente á su Criador; el mas temerario, por negar hechos incontestables creidos de todo el universo y que prueban con evidencia que Dios ha hablado á los hombres; el mas intolerante, porque proscribiria todas las creencias, y condenaria todas las prácticas religiosas por las cuales los hombres de todos los tiempos han manifestado su respeto á la divinidad.

Con todo, Teófilo, te ves precisado á admitir que no hay mas que una Religion verdadera. Te lo hemos probado en otra parte y es fácil el ver que seria sostener un grande absurdo, el pretender que todas las religiones son buenas; seria defender el *si* y el *no* sobre la misma materia. Pero si por un lado es cierto que debe haber una religion y por otro se ha probado que no hay mas que una que pueda ser verdadera, se sigue de aquí que fuera de esta Religion

sola verdadera, no puede haber salvacion; porque el error y la verdad, el vicio y la virtud no pueden tener el mismo fin.

Toda religion que se cree *verdadera*, ha de poder decir: «Vengo de Dios, y guio á Dios. La creencia que propongo es la única divina; las virtudes que mando son las solas verdaderas, mis fundadores son los solos enviados de Dios, y han dado pruebas incontestables de la divinidad de su misión.» Toda religion que no pueda usar de este lenguaje, probará por esto mismo que no es la verdadera, y que no viene de Dios.

Y desde el momento en que una religion cree ser la verdadera, y hallarse en el buen camino, no es natural, querido amigo, que diga á los que no la siguen: *¿Os extraviais, os vais á perder?* En efecto, este es el lenguaje que han usado todas las religiones. ¿Quién ignora con qué furor los paganos persiguieron á los cristianos para forzarlos á abandonar su religion que calificaban de absurda y honrar á sus dioses que pretendian ser los solos verdaderos? ¿Quién no tiene noticia de las muchas injurias que han vomitado los herejes contra la Iglesia

romana, acusándola de seguir el error? Así pues todas las religiones han pretendido que no habia salvacion fuera de su gremio. Todas las religiones han sido, pues, *intolerantes* en este sentido, que no podrian aprobar lo que era contrario á su creencia. Debemos por lo tanto admitir esta máxima: *Fuera de la verdadera Religion, no hay salvacion.*

Mas, de todas las religiones que hay en el mundo, ¿cuál es la que debe ser reconocida por verdadera, la que debe observar todo hombre para salvarse? Sin duda que es aquella que da las pruebas mas ciertas de la santidad de su moral, de la sublimidad de su doctrina, de la divinidad de su institucion; aquella que ha sido anunciada por gran número de profecías, y cuya verdad ha sido probada por prodigios extraordinarios; aquella, en una palabra, que Jesucristo ha instituido y que ha llegado hasta nosotros por una serie no interrumpida de los sucesores de los Apóstoles. Es así que la Iglesia católica romana es la única que reúne todos estos caractéres de divinidad, como lo probarémos en el tratado octa-

vo; luego solo en su seno se puede encontrar la verdadera religion. Podemos, pues, decir con fundamento, que *fuera de la Iglesia no hay salvacion.*

§ II. Reclamacion de los impíos.

Pero á estas palabras se enfurece la impiedad, y el mas ardiente de sus defensores apoyándose en el falso pretexto de la tolerancia, exclama: *Yo no te condeno, ¿por qué, pues, me condenas tú?* Esta pregunta parece sin réplica á los impíos y á los incrédulos, y todos la repiten con una afectacion que demuestra tan mala fe como poca religion; porque deben saber que no es *el hombre* el que condena al hombre, sino que serán las obras de cada uno las que habrán de decidir de su suerte eterna.

No obstante, adoptemos por un momento el sistema de *Voltaire*, veamos las consecuencias que de él se desprenden, y nos darán á conocer todo lo que este sistema comprende de absurdo y de impío. Entonces reconocerás fácilmente, mi querido amigo, que es necesario admitir la máxima de la Religion que dice, que *fuera de la Iglesia*

no hay salvacion; ó bien salvar todos los hombres sin distincion y sea cual fuere la secta á que puedan pertenecer.

En efecto se presenta desde luego el protestante y dice al católico: «Es cierto que los fundadores de mi iglesia han introducido novedades en una creencia universal de quince siglos; lo es tambien que hemos desechado la confesion, el purgatorio, la invocacion de los Santos, etc. Pero yo no te condeno; al contrario, digo que tambien puede uno salvarse entre vosotros; yo no te condeno, ¿por qué, pues, me condenas tú?...» ¡Al cielo pues los protestantes!...

El mahometano se presenta tambien y dice al protestante: «Es cierto que creo en mi Profeta, y no en Jesueristo como tú; yo no quiero reconocer la divinidad de vuestro Dios crucificado; pero no te condeno por esto; ¿por qué, pues, me condenas tú?...» ¡Al cielo pues los turcos!...

Se presenta á su vez el judío y dice á los católicos y á los protestantes: «Es verdad que leo en nuestros libros las profecías que anuncian la venida del Mesías y todas las circunstancias que deben darla á

conocer; es verdad que las profecías se han cumplido, porque el Mesías no podrá entrar en un templo que ya no existe; contra toda evidencia me niego á reconocer el Mesías ya venido y que vosotros adorais como á libertador de los hombres; pero con todo yo no os condeno; ¿por qué, pues, me condenais vosotros?...» ¡Al cielo pues los judíos!...

El deísta llega por turno, y dice: «Es verdad que no quiero reconocer en Dios la facultad de darme una religion; que niego los dogmas y la moral de toda religion revelada, que no quiero cuidarme de la divinidad, así como enseño que ella no se cuida de mí. Pero no teneis razon para condenarme, pues si yo no os condeno á vosotros, ¿por qué vosotros me condenais á mí?...» ¡Al cielo pues los deístas!...

Llega el ateo y dice con la misma pretension: «Yo no creo en Dios, lo confieso; niego la inmortalidad del alma, y la vida futura. Pero no importa, vosotros no teneis derecho para censurarme: y ya que yo no os condeno, ¿por qué me condenais vosotros?...» ¡Al cielo pues los ateos!...

En fin, todos los hombres sanguinarios y desalmados, todos los ladrones, los mas infames calaveras, los malvados de toda especie, pueden presentarse tambien y decir á los justos: «Es cierto que damos rienda suelta á nuestras pasiones, nada negamos á nuestras malas propensiones, mientras que vosotros mortificais vuestra carne y sus apetitos. Pero no importa, no por esto teneis derecho alguno para excluirnos del cielo, porque *no condenándoos nosotros, ¿por qué nos habeis de condenar?...*» ¡Al cielo pues todos los malos!...

Segun este principio de los incrédulos, mi querido amigo, seria indiferente adorar á Jesucristo, ó maldecirle; adornarse con la cruz ó con el turbante; creer en un Dios, ó negar su existencia; vivir segun sus pasiones, ó reprimirlas; aterrorizar el mundo con sus excesos, ó edificarlo con sus virtudes. Todos indistintamente deben tener el cielo por herencia, aun aquellos que no creen que lo haya: ¡qué consecuencias tan repugnantes! ¡qué absurdo tan chocante no menos para la razon que para la fe! Nada, pues, es mas racional ni mas cierto que esta

máxima: *Fuera de la Iglesia, es decir, de la Religion verdadera, no hay salvacion.*

§ III. *Explicacion de esta máxima.*

Para hacer odiosa esta máxima, los herejes y los incrédulos tienen cuidado de desfigurarla. *Fuera de la Iglesia no hay salvacion.* ¿Significa tal vez esto, que los católicos condenan á todos los infieles, á todos los herejes, y á todos los cismáticos que no pertenecen al cuerpo de la Iglesia? No, hijo mio, mil veces no. Esta máxima indica solamente que todo infiel que tiene conocimiento de la Iglesia y rehusa entrar en su gremio; que todo hombre educado en su seno y que se separa de ella por la herejía ó el cisma, se pone fuera del camino de salvacion, y se hace reo de una obstinacion condenable. Jesucristo no promete la vida eterna sino á las ovejas que *oyen su voz*; las que huyen de su aprisco serán presa de los animales rapaces; pero tampoco se incurre en los anatemas de nuestro Señor sino cuando se es refractario de la Iglesia; y no se desprecia la autoridad de Dios, sino cuando se

desprecia la de aquellos que él ha establecido para conservar la unidad.

Si la Religión católica enseña que *fuera de la Iglesia no hay salvacion*, te enseña tambien que puede uno hallarse dentro de la Iglesia sin estarle unido por una comunión exterior. Todos los teólogos, después de san Agustín, reconocen que la Iglesia tiene hijos ocultos en las sectas separadas de la unidad por el cisma ó la herejía. Porque todos aquellos que no han participado voluntariamente y con conocimiento de causa en el cisma ó herejía, hacen parte de la verdadera Iglesia. Así la gracia del Bautismo salva los niños en las comuniones heterodoxas, y no se perderá para los adultos que en ellas retienen la buena fe, las preocupaciones insuperables de la educación, una ignorancia invencible, y que por otra parte observan la ley de Dios en todos los puntos que les son conocidos.

Fácil sería, mi querido amigo, multiplicar las citas; pero nada me parece más propio para dar á conocer la doctrina de la Iglesia sobre esta materia, que los principios vertidos por la Sorbona en la censu-

ra del *Emilio*: «No sucede lo mismo en las comuniones separadas de la Iglesia católica; los hechos que les conciernen bastan para hacerlas abandonar. Es verdad que estos hechos no son conocidos de todos aquellos que pertenecen á estas comuniones; este conocimiento es hasta imposible para todos los niños que han sido bautizados y no han llegado todavía al uso de razón, como tambien para muchos mentecatos que viven en ellas, y cuyo número solo es conocido á Dios. Todos estos niños y estos mentecatos no toman parte ni en la herejía ni en el cisma; los excusa de ello la ignorancia invencible del estado de cosas, y no se les debe mirar como *no perteneciendo á la Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion*.

«Estos niños no habiendo podido aun perder la gracia que han recibido en el Bautismo son indudablemente parte *del alma de la Iglesia*; es decir, que le están unidos por la fe, la esperanza, la caridad habitual. Los mentecatos ó ignorantes de que se trata pueden haber conservado la misma gracia; pueden en muchas de es-

«tas comuniones ser instruidos en muchas
«verdades de la fe que se han conservado
«en ellas, y que bastan para la salvacion y
«pueden creerlas con sinceridad; pueden
«con el socorro de la gracia de Dios, llevar
«una vida pura é inocente. Dios no les im-
«puta los errores á que no están sujetos
«sino por una ignorancia invencible. *Luego*
«*pueden pertenecer al alma de la Iglesia*, tener
«la fe, la esperanza y la caridad.

«Por lo demás, todos estos niños, y estos
«mentecatos deben su salvacion á la Igle-
«sia católica, que no conocen, pues que
«de ella se derivan las verdades saluda-
«bles, no menos que el bautismo que estas
«sectas han conservado al separarse. Estos
«mentecatos, estos niños las han recibido
«inmediatamente de estas sectas; pero ellas
«las sacaron de la Iglesia, á la cual Jesu-
«cristo confió la administracion de los Sa-
«cramentos y el depósito de la fe.»

§ IV. *Explicacion de esta máxima respecto de
los infieles.*

En cuanto á los infieles á quienes no ha
sido anunciado el Evangelio y que no co-

nocen la Iglesia, debemos creer que en la
profundidad de sus consejos, Dios les *ha*
preparado medios suficientes de salvacion, pues
que la sagrada Escritura enseña con pa-
labras formales que Dios quiere sincera-
mente la salvacion de todos los hombres.
¿Y cuáles son estos medios? ¿Cómo son
aplicados? ¿Cuál es la naturaleza, y cuál
seria el efecto de las gracias ofrecidas al
entendimiento y á la voluntad de aquellos
á quienes hasta el nombre del Salvador les
es desconocido? Estos son secretos, mi
querido amigo, que no es dado al hombre
saber de una manera perfecta. Sin embargo,
muchos doctores piensan con Bossuet, que
quitando á los infieles, que jamás han oido
hablar del Evangelio, la gracia inmediata-
mente necesaria para creer, nada impide
que se les conceda aquella que pondria en
su corazon algunas disposiciones mas leja-
nas, cuyo buen uso determinaria á Dios
á darles medios capaces de conducirlos po-
co á poco al conocimiento de la verdad.

Por otra parte nadie está obligado á creer
lo que no puede conocer; y nadie, á me-
nos de tener una revelacion especial, pue-

de conocer á Jesucristo ni á su doctrina, si no le han sido anunciados. Los infieles á quienes no se ha predicado el Evangelio, se hallan precisamente en la situacion en que se encontraban los pueblos antes de la venida de Jesucristo: luego pueden salvarse, como podian todos los hombres antes de la redencion, por medio de una fiel observancia de la ley primitiva revelada, y universalmente reconocida. Porque seria un absurdo, dice Bergier, el pensar que la venida de Jesucristo sobre la tierra haya sido una desgracia para cualquiera de las criaturas, y que es mas dificil la salvacion para cualquiera, que no lo era antes de la predicacion del Evangelio.

Además, el infiel que cree todos los dogmas proclamados por la tradicion universal, y que desea sinceramente conocer la verdad, cree por lo mismo implicitamente todo lo que nosotros creemos. No es la fe lo que le falta, sino una instruccion mas detallada. Por consiguiente si observa la ley de Dios tal como la conoce, se salvará; pero se salvará en el cristianismo, y pertenece á la Iglesia.

Es indudable, hijo mio, que no se puede entrar en el reino de los cielos, sino por medio del Bautismo. Pero no es menos cierto que todos los teólogos distinguen tres especies de Bautismo, á saber: *bautismo de agua*, *bautismo de deseo* y *bautismo de sangre*, ó el martirio. Los que insisten mas sobre la necesidad del bautismo de agua, enseñan al mismo tiempo que Dios haria un milagro antes que dejar morir sin este Sacramento á un hombre que cumpliese con fidelidad los deberes de la ley natural.

Pero, ¿de dónde puede dimanar el interés tan vivo que parece sienten los incrédulos por los infieles y por aquellos que no están iluminados por la verdadera fe? ¿De qué procede que afectando creer y compadecer su condenacion abusan ellos mismos tan imprudentemente de los medios de salvacion que Dios les ha concedido? ¿No es evidente, mi querido amigo, que son injustas sus quejas y dictadas solamente por el odio que han jurado á la Iglesia y al mismo tiempo que su conducta es insensata? Cristianos ingratos, podemos decirles, ¿por qué perdeis el tiempo en examinar lo que se ha-

rá con los pueblos que no participan de nuestra creencia? Ocupaos mas bien en dar gracias á Dios de haberos hecho nacer en el seno de la Iglesia católica, en aprovecharos de las gracias que en ella recibis todos los días, y en desarraigar el mal que está apoderado de vosotros, y que puede perderos para siempre. Estad persuadidos de que Dios será bastante bueno para no condenar á aquellos que habrán buscado sinceramente la verdad para abrazarla, así como será justo para castigar á los que habrán abusado de las luces con que han sido favorecidos....

EJEMPLOS.

INGENIOSA COMPARACION DEL NAUFRAGIO.

Un navío, combatido por una horrorosa tempestad, naufragó á la vista del puerto á que iba á entrar cuanto antes. Un rico habitante de la ciudad viendo con dolor el mar cubierto de desgraciados, que iban á perecer sin remedio, entra animosamente en una lancha y vuela á socorrerles con peligro de su propia vida. Lucha con un vigor que redobla su celo contra las olas irritadas que á cada momento amenazan tragarlo. En fin, después de increíbles esfuerzos llega al sitio en donde acaba de perderse el buque.

Se acerca á uno de estos desgraciados que eran el juguete de los vientos y de las olas, y á pesar de la violencia de la tormenta, logra cogerlo y colocarlo en su lancha. Bien habria deseado hacer el mismo favor á muchos otros, pero el mar estaba tan furioso que le impidió ejecutar su generoso designio, y tuvo el sentimiento de ver todo el resto de la tripulacion sepultado en las olas. Vuelve, pues, á tierra con la única victima que ha podido arrebatár á la muerte, y entra en el puerto, en medio de las aclamaciones de un pueblo inmenso que habia admirado temblando su arrojo y su generosidad. Da al infeliz que ha salvado todos los socorros que necesita, al mismo tiempo que las mayores pruebas de afecto. Finalmente repara con usura, por medio de sus beneficios, las pérdidas que ha sufrido.

Y ¿cuáles serian los sentimientos de este hombre para con su salvador? Te imaginas sin duda que no cesa de admirar y alabar con entusiasmo el heroísmo de su empresa, que no encuentra expresiones bastante significativas para manifestar el reconocimiento de que se halla poseido su corazón. Pues te engañas. En lugar de agradecer á este hombre generoso lo que ha hecho por él, encuentra mal que no haya hecho otro tanto por los demás, y le pregunta en tono de reconvenccion, *¿por qué no ha salvado á todos sus compañeros como á él?*

«¡Ingrato! le dijo alguno que le oyó expresarse «en tales términos, ¿la pérdida de los otros disminuye acaso la obligacion que tienes al autor de tu «salvacion? Compadece, lo consiento, la suerte funesta de tus compañeros; pero que su misma desgracia sea para tí un motivo para sentir mas viva-

«mente tu felicidad y para estar mas reconocido á aquel á quien la debes.»

Filósofos de nuestro siglo, ¿os reconocéis en esta parábola? Se os oye preguntar todos los dias en un tono mordaz por qué Dios deja tantos pueblos en las tinieblas de la idolatría y en la ignorancia de la Religion cristiana; por qué permite que tantas naciones continúen ciegas en la herejía; por qué en fin, tantos niños mueren sin el Bautismo. ¡Parece que lo imputais á la Providencia y la acusais de ello! ¡Ingratos! ¿os toca á vosotros juzgar á vuestro dueño y pedirle cuenta de su conducta? ¿No debeis mas bien manifestarle el mas vivo reconocimiento por haberos preferido á tantos otros para hacerlos nacer en el seno de la Religion cristiana y católica y regeneraros con las saludables aguas del Bautismo? Cuantos mas semejantes vuestros hay privados de estos beneficios, ¿no deben ser ellos tanto mas estimados y preciosos para vosotros, y no debeis estar tanto mas obligados á aquel que se ha dignado concedéroslos?

(Nuevas Parábolas).

EXCLAMACION DEL DOCTOR MOORE.

Después de una duda de muchos años sobre la eleccion de una religion, el doctor Moore abrazó la Religion católica y exclamaba frecuentemente con un santo entusiasmo: «¡Salve Iglesia verdadera! ¡ó tú que eres el único camino de la vida! ¡des- canse mi alma á la sombra de tus ramas! Léjos de mí la temeridad de querer penetrar en la profundidad de tus misterios y la impiedad de insultar

«su oscuridad. Argumente el incrédulo, yo admito; dispute enhorabuena, yo creo: veo la altura, «pero no sondeo toda la profundidad.»

(El ateo hecho cristiano, por Delauro-Dubez).

REFLEXION DEL SEÑOR DE MAISTRE.

¿Por qué Dios da á unos lo que otros no tienen? No lo sé; pero ¿qué importa? Me fio de aquel que no puede ser injusto: la salvacion de los demás, no es asunto mio, yo tengo uno muy serio entre manos que es la de mi alma.

(De Maistre, de la Iglesia gálica, p. 99).

CAPÍTULO IV.

Segunda nota de la Iglesia.

LA SANTIDAD.

El segundo carácter de la Iglesia es la *santidad*, que es como el sello que Dios imprime en todas sus obras. La Iglesia es *santa* en sí misma, *santa* en su doctrina, *santa* en sus leyes, *santa* en sus Sacramentos, *santa* en su culto, *santa* en su espíritu, *santa* en su celo por la salvacion de sus hijos, *santa* en un gran número de sus hi-